

1. La noche en cuestión *15 de junio de 2001*

Soy Misha Borisovich Vainberg, de treinta años de edad, un hombre con cierto exceso de peso, profundos ojos azules, una bonita y judía nariz ganchuda que recuerda a los loros más distinguidos y unos labios tan delicados que te encantaría secarlos con el dorso de tu mano desnuda.

Durante muchos de mis últimos años he vivido en San Petersburgo, Rusia, pero no por elección o deseo propios. La Ciudad de los Zares, la Venecia del Norte, la capital cultural de Rusia... Olvidaos de eso. Hacia el año 2001, nuestro querido San Leninsburgo ha adoptado la apariencia de una fantasmagórica ciudad del tercer mundo, con sus edificios neoclásicos hundiéndose en los canales llenos de basura, sus extrañas chozas campesinas hechas de metal estriado y madera contrachapada colonizando las anchas avenidas con su iconografía capitalista (anuncios de cigarrillos en los que se veía a un jugador de fútbol americano agarrando una hamburguesa con un guante de béisbol) y, lo peor de todo, nuestros ciudadanos inteligentes y depresivos habían sido reemplazados por una nueva raza de mutantes vestidos con una estudiada imitación de Occidente: mujeres jóvenes con ceñidas prendas de lycra cuyos elevados y pequeños pechos apuntaban tanto a Nueva York como a Shanghai; hombres con falsos tejanos negros Calvin Klein que les colgaban sobre sus traseros hundidos.

Lo bueno de ser un gordinflón incorregible como yo —130 kilos la última vez que me pesé—, así como el hijo del ricachón número 1.238 de Rusia, es que todo San Leninsburgo se mata por ponerse a tu servicio: los puentes se inclinan a tu paso y los bonitos palacios se ponen en fila a lo largo de las orillas del canal colocándote sus orondos frisos en la

cara. Te sientes bendecido por el tesoro más difícil de hallar en esta tierra rica en minerales. Te sientes bendecido por el respeto.

La noche del 15 de junio del catastrófico año 2001, me encontraba disfrutando del respeto de mis amigos en un restaurante llamado El Hogar del Pescador Ruso y situado en la isla Krestovskiy, una de las que se encuentran en el delta del río Neva. Krestovskiy es donde nosotros, los ricos, hacemos como que vivimos en una especie de Suiza postsoviética, recorriendo los pulcros circuitos para bicicletas construidos en torno a nuestras *kottedzhes* y *town khauses* y llenándonos los pulmones con raciones de atmósfera que parecen importadas de los Alpes.

La gracia del Pescador es que puedes pescar tu propio pez en un lago artificial y luego, por unos cincuenta dólares el kilo, el personal de la cocina te lo prepara ahumado o a la brasa. Durante lo que la policía denominaría posteriormente «la noche en cuestión», nosotros estábamos en el pontón de El Salmón Desovando gritándoles a los sirvientes, trasegando jarras de verdoso Riesling californiano y escuchando el sonido de nuestros *mobilniki* Nokia, teñido de esa urgencia social que sólo se manifiesta cuando las Noches Blancas se dedican a estrangular la oscuridad, lapso de tiempo en que los habitantes de nuestra arruinada ciudad están permanentemente despiertos a causa del resplandor rosado del sol septentrional y lo mejor que puedes hacer es beber hasta el amanecer con tus amigotes.

Dejadme que os diga una cosa: en Rusia, sin buenos amigos, más vale que te ahogues. Después de décadas escuchando el familiar *agitprop* de tus padres («¡Moriremos por ti!», cantan), tras sobrevivir a la criminal cercanía de la familia rusa («¡No nos abandones!», suplican), tras la grosera socialización fomentada por nuestros maestros y directores de fábricas («¡Te clavaremos ese *khui* circuncidado en la pared!», amenazan), lo único que te queda es ese brindis entre dos amigos fracasados en algún apestoso bareto al aire libre.

—A tu salud, Misha Borisovich.

—Por tus triunfos, Dimitry Ivanovich.

—Por el ejército, la fuerza aérea y la armada soviética en pleno... ¡Hasta el fondo!

Soy una persona modesta y dada a la privacidad y a la tristeza solitaria, así que tengo muy pocos amigos. Mi mejor compadre en Rusia es un ex americano al que me gusta llamar Alyosha-Bob. Nacido como Robert Lipshitz en el extremo norte del estado de Nueva York, este pequeño aguilucho calvo (a los veinticinco ya no le quedaba ni un pelo en la cocorota) llegó a San Leninsburgo hace ocho años y se transformó, por obra y gracia del alcoholismo y de la inercia, en un *biznesman* ruso de éxito reconvertido en Alyosha, feliz propietario del ExcessHollywood, un negocio de importación y exportación de DVD que arroja unos beneficios escandalosos, y novio de Svetlana, joven buenorra de Petersburgo. No contento con ser calvo, Alyosha-Bob tiene una cara chupada que acaba en una perilla rojiza, húmedos ojos azules al borde del llanto que te confunden y unos enormes labios de pez que hay que limpiar cada hora a base de vodka. Un día, en el metro, un cabeza rapada lo describió como un *gnussniy zhid*; o sea, un «judío asqueroso», denominación a la que yo diría que se apunta la mayor parte de la población. Así le consideré yo cuando me lo crucé, una década atrás, como a un estudiante más en el Accidental College del Medio Oeste norteamericano.

Alyosha-Bob y yo compartimos un interesante pasatiempo al que nos consagramos siempre que podemos. Nos consideramos los Caballeros A Los Que Les Gusta Rapear. Nuestro repertorio abarca desde los viejos sermones de Ice Cube, Ice-T y Public Enemy a los sensuales ritmos contemporáneos del *ghetto tech*, un híbrido de *Miami bass*, *ghetto tracks* de Chicago y electrónica de Detroit. El lector moderno puede que esté familiarizado con *Ass-N-Titties* de DJ Assault, tal vez la pieza fundamental del género.

La noche en cuestión, yo empecé la juerga con una cancioncilla de Detroit que me gusta interpretar en verano:

*Oh, mierda
Voy p'allá
Cállate la boca
Y muérdete la lengua.*

Alyosha-Bob, vestido con pantalones rajados Helmut Lang y una sudadera del Accidental Collage, tomó la palabra:

*Oh, nena,
¿Te crees que estás buena?
Déjame que vea
Cómo mueves las caderas.*

Nuestras melodías se extendían por los cuatro pontones del Pescador Ruso (El Salmón Desovando, El Esturión Imperial, La Trucha Caprichosa y El Pescadito Chiquito), por encima del lago artificial (¿cómo coño se llamará eso?: ¿Lago Dólar? ¿Euro Charca?) y hasta el aparcamiento gratuito para clientes, donde uno de sus empleados más lerdos acababa de rayarme el Land Rover nuevo.

*Ahí viene esa zorra
La muy calentorra
Me pone la chorra
A mil por hora.*

—¡A cantar, Snack Daddy! —me animó Alyosha-Bob, utilizando mi alias de la universidad.

*Me llamo Vainberg
Me gustan las putas
Y les huelo el chocho
Con mi napia de judío.*

*Sácate la mierda
La mierda del culo*

Menudo culazo
Ñam, ñam, ñam.

Como estábamos en Rusia, una nación de campesinos metomentodo que ha entrado en la modernidad a lo bestia, siempre había un imbécil dispuesto a amargarte la diversión. Así pues, el *biznesman* más cercano, un asesino bronceado de nivel medio que estaba junto a su novia, una petarda de provincias, va y nos suelta:

—Pero bueno, chavales, ¿por qué tenéis que cantar como si fuerais estudiantes africanos de intercambio? Con lo cultos que parecéis —en otras palabras, «con la pinta de judíos asquerosos que tenéis»—. ¿Por qué no declamáis algo de Pushkin? ¿No tenía unos versos muy bonitos sobre las Noches Blancas? Eso vendría muy a cuento.

—Mira, tú, si Pushkin estuviera vivo, sería un rapero —le dije.

—Vaya que sí —sentenció Alyosha-Bob—. Sería M. C. Push.

—¡Enfréntate al poder! —dije en inglés.

Nuestro amigo el admirador de Pushkin se nos quedó mirando. Es lo que suele pasar cuando no sabes inglés, por cierto. Siempre te faltan palabras.

—Que Dios os asista, chavales —dijo finalmente.

Agarró a su novia por uno de sus bracitos y se la llevó al otro lado del pontón.

¿*Chavales*? ¿Se refería a nosotros? ¿Qué harían Ice Cube o Ice-T en una situación semejante? Agarré el *mobilnik*, dispuesto a llamar a mi analista de Park Avenue, el doctor Levine, y decirle que una vez más había sido insultado e injuriado, que una vez más había sido humillado por un compatriota.

Y entonces escuché a mi sirviente, Timofey, tañendo su campanilla especial. Se me cayó el *mobilnik*, el admirador de Pushkin y su novia desaparecieron del pontón, el propio

pontón partió hacia otra dimensión y hasta el doctor Levine y sus sutiles consejos americanos se vieron reducidos a un murmullo lejano.

Era hora de comer.

Haciendo una profunda reverencia, el criado Timofey me ofreció una bandeja de socarrados pinchos de esturión y una jarra de Black Label. Me dejé caer en una silla de plástico duro que chirriaba y se tambaleaba bajo mi peso cual pieza de escultura moderna. Me incliné sobre el esturión y lo olisqueé con los ojos cerrados, como el que ofrece una plegaria silenciosa. Tenía los pies juntos y los tobillos se rozaban en expectante muestra de ansiedad. Me preparé para la comida de la manera habitual: tenedor en la mano izquierda, y la derecha, que es la dominante, depositada sobre el regazo en forma de puño, preparado para partirle la cara al primero que intentara quitarme la pitanza.

Le pegué un bocado al pincho de esturión, llenándome la boca con el crujiente y tostado exterior así como con el suave y carnosos interior. Me tembló el cuerpo dentro de mi chándal marca Puma mientras mis heroicas tripas trabajaban a contrarreloj y mis pechos se frotaban el uno contra el otro. Aparecieron las habituales imágenes inducidas por la comida. Yo, mi Querido Papá y mi joven madre en una barquita ahuecada para parecer un cisne blanco, flotando por el interior de una gruta, mientras sonaba a nuestro alrededor música de los tiempos de Stalin («¡Aquí está mi pasaporte! ¡Menudo pasaporte! ¡Es mi súper pasaporte soviético rojo!».) Las húmedas manos del Querido Papá me acariciaban el estómago y me arreglaban la cinta de los pantalones cortos; las suaves y secas manos de Mamá me frotaban el cogote; sus voces roncadas y cansadas decían: «Te queremos, Misha. Te queremos, osezno».

El cuerpo se me empezó a mecer como le pasa a las personas religiosas cuando están sumidas en la adoración a su Dios. Me acabé el primer pincho y el que vino después. Tenía la barbilla aceitosa de fluidos de esturión y el pecho me

temblaba como si le hubieran aplicado bolsas de hielo. Otro trozo de pescado se deslizó en mi boca, bien untado en perejil y aceite de oliva. Respiré los aromas del mar, con el puño aún preparado y los dedos clavados en la palma de la mano, la nariz tocando el plato, el extracto de esturión impregnando mis fosas nasales, mi pequeño y circuncidado *khui* ardiendo con la dicha de la liberación.

Y se acabó lo que se daba. Adiós a los pinchos. Sólo tenía un plato vacío. No me quedaba nada de nada. Ay, Señor, ¿y ahora qué? No era más que un osezno abandonado sin su pececito. Me tiré un vaso de agua por la cara y me limpié con una servilleta que Timofey me había insertado en el chándal. Cogí la jarra de Black Label, me la puse contra los fríos labios y, con un simple quiebro de la muñeca, me la zampé entera.

A mi alrededor, el mundo era de oro. El sol del atardecer iluminaba una hilera de alisos cimbreados que zumbaban con el canto de esos pajarillos a rayas amarillas que salían en las canciones del parvulario. Me dio un punto pastoral y mis pensamientos corrieron hacia el Querido Papá, que había nacido en una aldea y para quien la vida rural era obligada, pues sólo allí —medio dormido en un establo, desnudo y feo pero, eso sí, sobrio— podían los suaves temblores, de lo que tal vez fuera la felicidad, cruzar su hinchado rostro arameo. Debería traérmelo aquí algún día, a El Hogar del Pescador Ruso. Le invitaría a unas cuantas botellas heladas de su vodka favorito, me lo llevaría al pontón más apartado, le pasaría el brazo por esos hombros casposos, reposaría su cabecita de lémur sobre uno de mis jamones laterales y le haría entender que, pese a todos los desengaños que le había producido a lo largo de los últimos veinte años, ambos estábamos llamados a permanecer siempre juntos.

Emergiendo de mi estupor alimenticio, observé que la demografía del pontón de El Salmón Desovando estaba cambiando. Un grupo de jóvenes trabajadores con chaquetas

azules había aparecido, guiado por un bufón con pajarita que interpretaba el papel de «persona divertida» y se dedicaba a organizar a los trabajadores en equipos, les ponía en las débiles manos unas cañas de pescar y les hacía cantar «¡Pe-pe-pe! ¡Pe-pe-pe! ¡Pe-pe-pe!». ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Se trataba de la primera señal de una emergente clase media rusa? ¿Trabajarían esos idiotas para un banco alemán? Igual hasta tenían tarjetas de crédito americanas.

Mientras tanto, todas las miradas confluyeron en una llamativa señora mayor que lucía un largo vestido blanco y unas perlas negras de Mikimoto y cuya imagen se reflejaba en el lago artificial. Era una de esas mujeres elegantes y misteriosas que parecían proceder del año 1913, como si todos esos pañuelos rojos de pionero y esas blusas de campesino de nuestra birriosa era soviética nunca hubiesen rozado sus delicados hombros.

Debo decir que no es que me encante esa gente. ¿Cómo es posible vivir fuera de la Historia? ¿Quién puede reclamar inmunidad ante ella a causa de la belleza o de la educación? Mi único consuelo era que ni esa encantadora criatura ni los jóvenes empleados del Deutsche Bank (que ahora gritaban al unísono «¡Sal-món! ¡Sal-món!») pillarían hoy pescado bueno. El Querido Papá y yo tenemos un acuerdo con los que llevan el restaurante de El Hogar del Pescador Ruso: cada vez que un Vainberg empuña la caña de pescar, el sobrino del dueño se pone el equipo submarino, nada bajo los pontones y nos clava en el anzuelo el mejor pescado. Así pues, todo lo que iba a sacar en limpio la zarina de las perlas negras sería un salmón defectuoso e insípido.

La Historia no hay quien se la salte.

La noche en cuestión, Alyosha-Bob y yo estábamos acompañados por tres hembras adorables: Rouenna, el amor de mi vida, que había venido desde el Bronx neoyorquino a pasar un par de semanas; Svetlana, la belleza tártara de ojos negros de Alyosha-Bob, que trabaja como apren-

diz de relaciones públicas para una cadena local de perfumerías; y la esposa provinciana de veintiún años del Querido Papá, Lyuba.

Debo destacar que estaba ansioso por reunir a estas tres mujeres (aunque, por regla general, a las mujeres les tengo miedo). Svetlana y Rouenna tienen personalidades agresivas; Lyuba y Rouenna son de baja extracción social y les falta refinamiento; y Svetlana y Lyuba, al ser rusas, presentan síntomas de una depresión leve anclada en traumas de la primera infancia (véase Papadopolis, Spiro, «La empanadilla es mía: Conflicto transgeneracional en las familias postsoviéticas», *Anales de psiquiatría postlacaniana*, Boulder/París, Vol. 23, N.º 8, 1997). Una parte de mí esperaba desacuerdos entre las mujeres, o lo que los americanos llaman «follón». Pero otra parte de mí sólo quería ver cómo le daban una patada en el culo a esa zorra esnob de Svetlana.

Mientras Alyosha-Bob y yo rapeábamos, la sirvienta de Lyuba había estado poniendo guapas a las chicas con carmín y crema en una de las casetas de baño del Pescador, así que cuando se unieron a nosotros en el pontón apestaban a limón falso (con un toque de sudor auténtico), los labios les brillaban en el atardecer veraniego y sus vocecillas juveniles zumbaban en una interesante conversación sobre Stockmann, el famoso emporio finlandés situado en la principal arteria de San Leninsburgo, la Perspectiva Nevsky. Hablaban de una oferta veraniega, dos mullidas toallas finlandesas por veinte dólares, toallas que se distinguían por ser de color naranja, algo sorprendentemente occidental y antirruso.

Mientras escucho la historia de la toalla naranja, noto cierta animación por la zona de mi medio *khui* purpúreo y circuncidado. ¡Qué guapas eran esas mujeres nuestras! Bueno, no hablo de mi madrastra, Lyuba, evidentemente, que tiene once años menos que yo y se pasa las noches gimiendo sin mucha convicción bajo la estructura conífera del Querido Papá, propietario de ese impresionante *khui* en forma de tortuga (al que recuerdo tiernamente, bamboleándo-

se en la bañera, mientras mis curiosas manitas de bebé intentaban agarrarlo).

Y tampoco es que Svetlana me pusiera mucho, la verdad; pese a sus bonitos pómulos tártaros, su ceñido jersey italiano y esa reserva tan profundamente calculada, así como el supuesto atractivo sexual de la mujer rusa cultivada, debo decir que, a pesar de todo eso, me niego en redondo a dormir con una de mis compatriotas. Sólo Dios sabe dónde habrán estado.

Lo cual me deja con mi Rouenna Sales (pronunciado *Sab-les*, a la española), mi churri del South Bronx, mi corpulento cariñín multicultural con su pelo rizado peinado violentamente hacia atrás y recogido en un pañuelo, con su brillante naricita marrón en forma de pera y siempre necesitada de besos y lociones.

—Yo pienso —dijo mi madrastra, Lyuba, en inglés, para que la entendiera Rouenna—. Yo pensaba —añadió. Parece que tenía problemas con los tiempos verbales—. Yo pienso, pensaba... Pienso, pensaba...

Yo pienzo, yo penzaba... Pienzo, penzaba...

—¿Qué estabas *penzando*, querida? —preguntó Svetlana mientras tiraba impacientemente de la caña.

Pero Lyuba no se iba a dejar desanimar tan fácilmente a la hora de expresarse en un idioma nuevo. Tras dos años de matrimonio con el ricachón número 1.238 de Rusia, la buena mujer se estaba dando cuenta por fin de lo que valía. Recientemente, un médico milanés había sido contratado para quemar esas malévolas pecas anaranjadas que tenía repartidas por su áspera piel, mientras que un cirujano de Bilbao estaba en camino para quitarle la grasa infantil que aún tenía en sus rollizas mejillas de quinceañera (la verdad es que esa grasa la hacía más agradable, pues le daba el aspecto de chica de pueblo recién salida de la adolescencia).

—Yo pienso, yo pensaba —dijo Lyuba— que toalla naranja ser fea. Para chica, lavanda es bien, para chico como mi marido, Boris, azul cielo, para criada, negro, porque ya tener mano sucia.

—Joder, nena —dijo Rouenna—. Qué fuerte vas.

—¿Qué suerte tengo?

—Qué fuerte vas. Hablando mal de los criados, diciendo que tienen las manos negras y esas cosas.

—Yo *pienzo*... —Lyuba se iba poniendo nerviosa y se miraba las manos, llenas de callos pueblerinos. Me susurró en ruso: Misha, dile que antes de conocer a tu papá, yo también era muy desgraciada.

—En 1998, Lyuba era pobre —le expliqué a Rouenna en inglés—. Lo fue hasta que mi papá se casó con ella.

—¿Es eso cierto, hermana? —le preguntó Rouenna.

—¿Me estás llamando *hermana*? —susurró Lyuba mientras notaba un temblor en su alma rusa. Dejó a un lado la caña de pescar y abrió los brazos de par en par—. ¡Entonces yo también seré tu hermana, Rouennachka!

—Sólo es una expresión afroamericana —le dije.

—Vaya que sí —dijo Rouenna mientras se acercaba a Lyuba para abrazarla, cosa que hizo también a su vez, al borde del llanto, la temperamental muchacha—. Y es que para mí, todos vosotros, los rusos, sois una pandilla de negras.

—¿Qué estás diciendo? —intervino Svetlana.

—No te lo tomes a mal —repuso Rouenna—. Para mí es un cumplido.

—¡No es ningún cumplido! —ladró Svetlana—. Explícate.

—Tranqui, cariño —dijo Rouenna—. Lo único que digo es que, bueno... Vuestros hombres no tienen trabajo, todo el mundo se lía a tiros cuando hay trifulca, los niños tienen asma y todos vivís en viviendas protegidas.

—Misha no vive en una vivienda protegida —dijo Svetlana—. Yo no vivo en una vivienda protegida.

—Ya, porque sois diferentes a los demás. Vosotros sois OG —dijo Rouenna haciendo un gesto tipo gueto con el brazo.

—¿Que somos qué?

—OG. Original Gánsters —aclaró Alyosha-Bob.

—Fíjate en Misha —dijo Rouenna—. Su padre se cargó a un hombre de negocios americano por no sé qué mierda, y ahora no puede conseguir un puto visado para Estados Unidos. Eso es fuerte, ¿no?

—No es culpa de papá —dije por lo bajini—. Es cosa del consulado americano. Del Departamento de Estado. Me odian.

—¿Otra vez con lo de la suerte? —preguntó Lyuba, sin saber muy bien por dónde iba la conversación ni si ella y Rouenna seguían siendo hermanas.

Svetlana dejó caer la caña y se volvió hacia mí y hacia Alyosha-Bob con las manos en jarras.

—Es culpa vuestra —nos espetó en ruso—. Y de vuestro estúpido rapeo.

Y de ese *ghetto tech* idiota. No me extraña que la gente nos trate como a animales.

—Sólo estamos pasándolo bien —dijo Alyosha-Bob.

—Si quieres ser ruso —le explicó Svetlana a mi amigo—, tienes que pensar en el tipo de imagen que quieres proyectar. Todo el mundo cree que somos bandidos y putas. Tenemos que dar una imagen diferente.

—Me disculpo con toda el alma —dijo Alyosha-Bob cubriéndose simbólicamente el corazón con las manos—. A partir de ahora no rapearemos delante de ti. Trabajaremos en nuestra imagen.

—Coño, negratas, ¿de qué vais? —dijo Rouenna—. Hablad inglés, ¿no?

Svetlana me plantó encima sus ojos descoloridos. Yo me eché hacia atrás y un poco más y me caigo a las aguas de El Salmón Desovando. Mis dedos ya estaban marcando los números del teléfono de emergencias del doctor Levine cuando mi sirviente, Timofey, llegó hasta nosotros corriendo y echando el bofe.

—Ay, *batyushka* —dijo el criado mientras intentaba recuperar el resuello—. ¿Serás tan amable de perdonarle a Ti-

mofey esta interrupción? A fin de cuentas, el pobre sólo es un pecador como cualquier otro. Pero, señor, ¡debo advertirte! La policía está de camino. Me temo que te andan buscando...

No entendí muy bien a qué se refería hasta que un berrido procedente del vecino pontón de La Trucha Caprichosa llamó mi atención. «¡Policía!», bramaba un caballero. Los jóvenes empleados de banca con sus visas americanas, la vieja zarina de las perlas negras y el vestido blanco, el *biznesman* devoto de Pushkin... Todo el mundo se dirigía hacia el aparcamiento gratuito en el que descansaban sus Land Rover. Adelantándoles, corrían tres gendarmes —sus elegantes gorras azules grabadas con la escualida águila rusa de dos cabezas— seguidos por su jefe, un hombre mayor vestido de paisano que, con las manos en los bolsillos, se tomaba su tiempo.

Todo parecía indicar que los cerdos venían directos a por mí. Alyosha-Bob se abalanzó a protegerme, colocándome las manos en la espalda y en el estómago como si fuera a derrumbarme. Decidí quedarme en mi sitio. ¡Vaya escándalo! En los países civilizados —por ejemplo, Canadá— a un hombre de posición que se va de pesca con los amigos las autoridades le dejan en paz, aunque haya cometido un delito. El viejo de paisano, de quien posteriormente descubrí que atendía por el apetitoso nombre de Belugin (igual que el caviar), apartó suavemente a mi amigo. Me plantó el hocico a un centímetro del mío, con lo que me quedé contemplando un rostro viejo y canoso con ojos de pupilas amarillentas, una de esas caras que, en Rusia, representan al mismo tiempo la autoridad y la incompetencia. Me observaba con gran emotividad, como si quisiera hacerse con mi dinero.

—¿Misha Vainberg? —inquirió.

—¿Y si así fuera? —repuse. La frase implicaba lo siguiente: *¿Usted sabe quién soy yo?*

—Su padre acaba de morir en el Puente de Palacio —me dijo el policía—. Estalló una mina terrestre. Un turista alemán lo ha grabado todo.